

En primer lugar dar las gracias al MUSEO NACIONAL CENTRO DE ARTE REINA SOFÍA por invitarme a participar en este ciclo de conferencias organizado con motivo de la exposición de Ilya Kabakov en el Palacio de Cristal del retiro, y agradecer muy especialmente a Alicia Chillida y a su equipo, no sólo el esfuerzo y el trabajo que han dedicado a este proyecto, sino el entusiasmo, un entusiasmo contagioso, y el trato exquisito que me han dedicado en todo momento, y a los asistentes gracias por venir.

Para comenzar, igual que cuando uno asiste a un concierto tiene en las manos un pequeño programa con las obras que se van a interpretar, quiero hacerles a Vds. un brevísimo resumen de lo que va a consistir mi conferencia. Así, Vds. podrán graduar su atención hacia aquellas partes que más les interesen o relajarla en las que se sientan menos estimulados.

Voy a hablar de cinco Proyectos de Kabakov, elegidos por mí entre los 65 que componen su exposición. A continuación y centrándome en el último de ellos, llamado "Paraíso bajo el techo", voy a hablar del Paraíso con algunas descripciones gráficas y legendarias, PARAÍSO TERRENAL, no Paraíso del más allá que ofertan las diferentes religiones a los buenos más allá de la muerte, por tanto, Paraíso para los vivos, no para los muertos, y luego comentaré aspectos del Paraíso que en mi opinión se recogen en la ciudad, relacionando las ubicaciones del Paraíso terrenal con los del origen de las ciudades más antiguas en la Mesopotamia meridional, para centrarme en la ciudad actual, sus técnicas de planificación que yo considero que no la abarcan en su complejidad, y reivindicar el ARTE COMO MÉTODO para conseguir esa ciudad deseable, esa ciudad como Paraíso Artificial, un Paraíso con la firma del hombre.

Quiero comenzar con una frase del poeta inglés Coleridge, que quizá ayude a explicar por qué tengo una rosa roja hoy entre mis manos:

Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que ha estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces?

(Apagar las luces y primera diapositiva Ángel)

Ilya Kabakov expone 65 proyectos en el Palacio de Cristal del Retiro. Son 65 utopías para hacer al hombre más feliz. Y no es casualidad que esas obras estén expuestas en un invernadero. El Palacio de Cristal se inaugura en 1885 con motivo de una exposición sobre filipinas para alojar una serie de plantas frágiles y exóticas que sin la protección de un invernadero no podrían vivir. Es también en 1885 cuando se termina el primer rascacielos moderno en Chicago. Casual o no, aquella era una época propicia a los sueños, a los desafíos. Es con ese mismo espíritu con el que se instala esta exposición de Kabakov en el palacio de Cristal que se convierte así en un Invernadero de Utopías, Tan frágiles y exóticas como aquellas primeras plantas de Filipinas, y con esa misma necesidad de protección.

El 1º Proyecto de Kabakov se denomina *Información a través de la Noosfera*. Kabakov supone que existe una capa en el espacio que se denomina Noosfera y que allí se recoge en una especie de archivo vivo todos los pensamientos del hombre desde que éste existe. No los acontecimientos épicos, históricos, sino las reflexiones, las ideas. Todo está recogido en ordenados estratos invisibles y que además son accesibles. No hace falta estar conectado a Internet, ni tener un carnet de investigador con las correspondientes firmas y trámites para

acceder a esta Biblioteca viva. Sólo la mente y la realización de un pequeño artilugio artístico son necesarios. Con este Proyecto Kabakov logra un sueño muy ambicioso: **vencer el olvido**.

El 2º Proyecto de Kabakov se denomina *La organización de las nubes*. Todos conocemos la importancia de eso que podríamos llamar la fatalidad geográfica, la importancia del territorio y su vinculación al clima, que puede determinar como posible, imposible, o al menos difícil, la vida de los hombres. Kabakov reconoce la importancia del agua, de la lluvia, de la fertilidad... y se hace dueño de las nubes. Inventa un pequeño artilugio que es un embudo que absorbe las nubes y las lleva a la vertical del aparato atrayéndolas. Con este Proyecto Kabakov **vence la fatalidad geográfica**.

El 3º Proyecto de Kabakov se denomina *Radical reparto histórico de un país*. Todos tenemos una cierta predilección o complicidad con algunos momentos de la Historia y, a lo mejor, en vez de vivir en nuestra ciudad actual preferiríamos hacerlo en una ciudad renacentista. Kabakov se hace eco de estos deseos y propone levantar sobre el territorio un conjunto de asentamientos urbanos pertenecientes a los diversos momentos de la Historia. Desde una aldea neolítica hasta una ciudad capitalista postindustrial. Y uno elige, para una temporada o para residir la ciudad que desea. Kabakov **vence la fatalidad histórica**.

El 4º Proyecto de Kabakov se llama el Encuentro con el ángel. Hasta ahora nos hemos ido moviendo del mundo real a un mundo más amplio que es el mundo posible, y ahora vamos a otro mundo que es mucho mayor, el mundo imaginable. Aquí Kabakov propone al hombre una escalera frágil, altísima, que asentada en ese territorio marcado por la mano del hombre, tras dos días de vertiginosa ascensión le llevan hasta el ángel, a su encuentro. Ángel que le está esperando como esos anfitriones que esperan a sus invitados a la llegada a una fiesta. **El ángel es el anfitrión del Paraíso**.

El 5º Proyecto de Kabakov se denomina *Paraíso bajo el techo*. Kabakov nos propone que construyamos una cornisa bajo el techo de nuestra propia habitación y allí coloquemos una hermosa colección de plantas y animales en miniatura con luces que brillen ininterrumpidamente. Esta reproducción del Paraíso estaría disponible para nosotros en cualquier momento, pero con un esfuerzo, subir una escalera para verlo. Kabakov construye su paraíso accesible aunque no del todo. **Del Paraíso nos separa una escalera**.

En los Proyectos de Kabakov hay siempre dos aspectos. Uno es el de hacer accesibles los sueños, dar forma a las utopías, pero en el otro aspecto nos pone a trabajar. Recorte un porexpan, píntelo de azul, recoja unas figuritas, etc. No sólo propone un bricolaje mental, también nos pide un bricolaje manual.

Kabakov nos ha dejado frente al Paraíso, pero ¿qué sabemos del Paraíso?

El concepto de Paraíso tiene una larga vida. Aparece acompañando al hombre desde los primeros momentos de la civilización y llega hasta nuestros días bastante trivializado: Paraíso fiscal, Night Club Paraíso, el Paraíso de las localidades de un teatro o el Paraíso turístico.

El primer griego que utiliza la palabra Paraíso es Jenofonte, en la Anábasis, pero su etimología es más antigua y lejana, viene del persa, de *pairi daeza*, que significa lugar cercado.

El concepto de Paraíso va variando en matices en las diferentes culturas pero lo esencial del concepto se mantiene. El Paraíso cristiano establece esos límites de lugar cercado con murallas defendidas por ángeles con espadas de fuego. El Paraíso musulmán, más sensual y dirigido a los sentidos, convierte esos límites en agua, transformando el Paraíso en una isla. Para los

hindúes el Paraíso se hace más altivo y lo sitúan en la cima de una alta montaña de difícil acceso, el monte Meru. Para los sufíes el Paraíso es el último de los velos. Todas estas culturas incluyen el **Paraíso como lugar con límites**.

Otro aspecto en el que coinciden es en la presencia del agua, elemento esencial de la vida. Cuatro ríos recorren el paraíso. Algunas culturas los denominan Tigris, Éufrates, Sión y Fisón. Otras identifican estos dos últimos ríos con el Nilo y el Ganges. Curiosamente **la ubicación de estos ríos coincide con los sitios en que se localizan las culturas urbanas más antiguas del mundo occidental**.

Para todas ellas el **Paraíso es un lugar seguro, en el que la vida es fácil, amable. Hay fertilidad y abundancia. No hay peligros, enfermedad o vejez**.

Las descripciones del Paraíso son muchas. Generalmente **es visto desde fuera** por narradores omniscientes que no han vivido en él. Alguna vez, algún viajero llega a encontrarlo. Más adelante contaré una de las leyendas medievales que describen el Paraíso de una manera más detallada, pero ahora quiero fijarme en **dos momentos** que me parecen especialmente interesantes de la **relación de los hombres con el Paraíso**.

Uno es el **momento en que lo ubica en los mapas. Se aúnan mito y geografía** en los Beatos y la Cartografía medieval con los mapas de T en O, en los que figura en su parte superior el Paraíso.

Otro momento especialmente curioso es, en el siglo XVII; en pleno reinado de Luis XIV, cuando la Academia Francesa recibe el encargo de **ubicar exactamente el Paraíso Terrenal bíblico**. Realmente esto sólo podía suceder dentro de la mentalidad racionalista francesa del momento.

Recibe el encargo un obispo, el obispo de Abranches, Daniel Huet. Monseñor recibe realmente un encargo difícil. Consulta numerosas descripciones, entre las que encuentra algunas contradicciones, y finalmente decide apoyarse en las fuentes bíblicas y concluye que **el Paraíso Terrenal se encontraba entre el Tigris y el Éufrates, en el lugar en que éstos juntan sus aguas antes de volver a separarse para desembocar en el golfo Pérsico**. Así queda establecido por la Academia Francesa.

Volvamos a los mapas medievales. En el siglo VII san Isidoro de Sevilla escribe su obra enciclopédica *Las etimologías*. En ella sitúa el Paraíso en Oriente y establece una representación del mundo como un disco circular flotando en el océano y orientado, es decir, con la parte superior del mapamundi representando el Oriente. Es curioso que la palabra **orientar** un plano se sigue utilizando actualmente pero en el sentido de localizar el Norte en la parte superior del plano.

Distribuye san Isidoro la Tierra, en su mapa de T en O, dejando Asia arriba, en la parte superior, a Europa a la izquierda y a África a la derecha. El tramo horizontal de la T corresponde al río Don, mar de Azov, mar Negro, Bósforo, Mediterráneo oriental y río Nilo, y el tramo vertical de la T corresponde el Mediterráneo central y occidental. Esta forma de representar el mundo tuvo una gran fortuna en la cartografía medieval y se conoce como *Orbis Terrarum* o **Mapas de T en O**.

En el siglo VIII Beato, un monje del Monasterio de santo Toribio de Liébana, en la actual Cantabria, escribe unos *Comentarios al Apocalipsis* que posteriormente, en los siglos XI y XII,

son exquisitamente ilustrados. Estos textos son los denominados **Beatos**, de los que se conservan cerca de 20. En ellos se sitúa el Oriente en la parte superior de la ilustración y se ubica allí el Paraíso Terrenal. Ejemplos destacados de estos Beatos son: el de **santo Toribio de Liébana**, el de **Burgo de Osma**, y el de **san Miguel de la Escalada**.

Esta forma de representar el mundo va abandonando la componente mítica y religiosa y va añadiendo geografía, aunque sigue representando el Oriente y el Paraíso Terrenal arriba, en la parte superior del mapa. Ejemplos singulares de estos mapas son: el **Discario de la Catedral de Hereford (1290)**, el **mapamundi de Brandis (1475)**, y el **mapamundi de Rust (1480)**.

Hay que entender **la importancia de que el Paraíso orientase el Universo conocido y apareciera en los mapas**, con la importancia que éstos tenían en ese momento. Los mapas eran muy escasos. La imprenta empieza a utilizarse en el último cuarto del siglo XV, y las técnicas de reproducción eran escasas y costosas.

En la India los manuscritos Jainitas ilustraban el Universo de una manera bastante coincidente con la anterior. Las tres ilustraciones que se muestran representan en el centro el monte Meru, en cuyas alturas situaban los jainitas el Paraíso, y nos recuerdan el egoísmo geográfico con el que cada geografía sigue actualmente representando el territorio, de manera que su centro es ocupado por el lugar geográfico que hace la representación. Es una buena ilustración de la frase del filósofo Santayana: *El Universo es un círculo cuyo centro está en cualquier parte y cuya circunferencia en ninguna*.

Fijémonos ahora en las **Leyendas de viajeros buscando el Paraíso**.

En una de ellas **san Macario** después de un viaje terriblemente azaroso, tras huir de Roma por circunstancias personales, llega al Paraíso pero ni siquiera se plantea entrar. Busca una cueva a veinte millas del Paraíso y allí se queda como eremita, anunciando la cercanía del Paraíso.

San Barandán es más atrevido. Él es un abad irlandés del siglo VI que sale en barco con algunos compañeros de su monasterio. Cree que el Paraíso es una isla y tras un aventurado viaje de siete años llega a una isla que él identifica como el Paraíso Terrenal. La reconoce por el olor. Un olor tan especial y que le hace tan feliz que lo atribuye inmediatamente al Paraíso. Tan importante como llegar al Paraíso era reconocerlo como tal.

La última leyenda a la que me voy a referir, y lo voy a hacer más detalladamente porque me parece muy curiosa y con intentos literarios de verosimilitud, es una leyenda del siglo X referente a tres monjes de un monasterio a las orillas del río Sión.

Estos son tres monjes que se llaman **Sergio, Teófilo y Elchino**. Ven bajar un día flotando por el río una rama tan perfecta, tan compleja, tan hermosa que deducen que tiene que pertenecer al Paraíso Terrenal. Deciden ante este indicio abandonar su monasterio, en el que dejan una nota, y remontan el río aguas arriba hasta encontrar el Paraíso Terrenal. Así lo hacen. Durante un año siguen el curso del río Sión y van abstraídos sin preocuparse de otra cosa que no sea la búsqueda del Paraíso. No tienen problemas para alimentarse porque al borde del río encuentran maná. Llegan por fin a una montaña que se eleva enormemente y a la vez que asciende se hace más fértil, más olorosa, y esto excita su imaginación.

Comienzan a subir y oyen unas voces que cantan y les conmueven al hacerles comprender que se están acercando al Paraíso. Están cada vez más abstraídos y agitados cuando de repente divisan una poderosa muralla. Se acercan, la rodean y descubren que tiene una puerta. Pero la puerta está cerrada.

La muralla está protegida por unos ángeles sobre atalayas y no parecen fijarse en ellos. Deciden esperar y durante cinco días con sus cinco noches se quedan aguardando a la puerta del Paraíso. Pasado este tiempo un ángel les pregunta y ellos le dicen llenos de respeto que les gustaría entrara y conocer el Paraíso, permaneciendo tres días en él.

El ángel accede, les abre la puerta y ellos entran. Lo primero que ven es la rueda del cielo girar, y ese movimiento produce un **sonido** maravilloso que les hace felices. Mientras ellos piensan que no es posible un mayor placer aparecen dos hombres venerables que se presentan como los profetas Elías y Enoch, y les dicen que les van a acompañar en su estancia en el Paraíso. **Los sonidos, los olores, los colores, son tan inverosímiles, tan hermosos, que ellos olvidan toda necesidad, no tienen frío, ni calor, ni hambre, ni sed, ni cansancio, ni ningún tipo de malestar.**

Elías y Enoch les enseñan los cuatro ríos del Paraíso y las dos fuentes que éstos forman. Una es la Fuente de la juventud. Todo el que bebe en ella no envejece, y los que han envejecido al beber en esa fuente recuperan la edad de la plenitud, la edad a la que murió Cristo, los treinta y tres años. La otra fuente es la Fuente de la salud. El que bebe de ella no enferma nunca, y el que estuviere enfermo al beber quedaría curado. Estas dos fuentes **vencen los dos caminos del hombre hacia la muerte: la enfermedad y la vejez.**

Siguen avanzando y llegan a una pradera hermosísima en la cual hay árboles de todas las especies. Elías y Enoch les señalan uno especialmente hermoso, cuyas ramas ascienden hacia el cielo como un candelabro donde reposan unos pájaros que les reciben con unos cantos dulcísimos: **es el árbol de la sabiduría. Con él se vence la ignorancia, el olvido y el desconocimiento.**

Entre los árboles distinguen numerosos animales en un estado de perfecta mansedumbre como si hubiera un orden superior que los mantuviera en un estado de **serenidad y calma**. De las aguas de los ríos saltan unos peces en un movimiento canónico, como avisos o campanadas visuales. Ni una hoja, ni un fruto, ni una flor está caída en el suelo. Todo está en su momento de **plenitud**, no existe **ningún signo de putrefacción o camino hacia la muerte.**

Pasa el tiempo para los monjes de una manera transparente, ellos no saben si veloz o indiferente porque **en el Paraíso no existe la noche**. Sólo hay una luz difusa, translúcida, que se mantiene todo el tiempo.

Están todavía extasiados con estas maravillas cuando Elías y Enoch les dicen que han pasado ya los tres días y tienen que volver a su monasterio. Fuera del Paraíso han transcurrido trescientos años porque allí el tiempo es diferente. También les dicen los profetas que para encontrar el camino de regreso deben seguir las huellas estériles y quemadas que en su día dejaron Adán y Eva. Huellas malditas.

Elchino, Sergio y Teófilo comentan entre ellos que ya no vivirá ningún monje de los que ellos habían conocido y que nadie creará su aventura. Los profetas les dicen que cuando vuelvan les digan a los nuevos monjes que encontrarán una nota guardada en el altar mayor que dejaron escondida cuando se marcharon, y que **disponen de cuarenta días desde su llegada para poder contar lo que han visto en su estancia en el Paraíso**, y poder así transmitírnoslo a nosotros hasta nuestros días. Cuando pasen esos cuarenta días los tres monjes viajeros quedarán reducidos a cenizas. Y así es como sucede.

Quiero hacer aquí una serie de **analogías sobre lo que hemos visto que tiene el Paraíso y lo que ofrece, o intenta ofrecer la ciudad.**

En 1º lugar en la ciudad se vence la relación estacional inmediata entre el momento en el que la tierra genera sus flores, sus frutos, sus productos, y el momento en el que podemos disponer de ellos. Los arqueólogos reconocen como uno de los indicios de que un asentamiento humano es una ciudad, el que entre los restos arquitectónicos aparezca la presencia de almacenes, es decir, que **se venza esa precariedad estacional y se almacenen alimentos para el futuro.**

La ciudad ofrece también agua, energía, protecciones frente al frío o el calor, hospitales para los enfermos y centros de tercera edad para los ancianos. Es decir, **atiende esas necesidades de alimento y temperatura y el cuidado de enfermos y ancianos.** Ese papel que asumían en el Paraíso las Fuentes de la salud y de la enfermedad.

Ofrece, o lo intenta al menos, **protección y seguridad**, un cierto orden mediante códigos o normas de **comportamiento y convivencia.** Algo que en el Paraíso representaban las murallas y los ángeles. De hecho es muy curioso que el patrón de los policías sea el santo Ángel de la Guarda.

La ciudad ofrece también **bibliotecas, museos, auditorios, universidades, escuelas, etc., es decir, sabiduría y conocimiento**, algo que en el Paraíso está representado por el árbol de la ciencia del bien y del mal, y en el Proyecto 1º de Kabakov por la Noosfera.

La ciudad vence también a la noche. La iluminación nocturna, a veces tan excesiva que hace que ya desconozcamos esa potente sensación de la llegada de la noche que suspende la actividad exterior y la reduce al ámbito íntimo. Esa noche que en el Paraíso no existía.

Evidentemente la ciudad no vence el paso del tiempo, esa suspensión del mismo que veíamos en el Paraíso: las flores, los frutos, los animales, las personas, envejecen y acusan el paso del tiempo. La ciudad no suspende el paso del tiempo ni la llegada de la muerte, pero la organiza y la acota.

Nuestras ciudades oscilan entre ser Paraíso y ser Infierno. Cuando algo terrible sucede: una guerra, un terremoto, un incendio, una enfermedad contagiosa y terrible, nuestras ciudades aumentan su dosis de Infierno: falta la comida, el agua, la energía, la salud, la posibilidad de la cultura, del orden, y de la convivencia apacible. Falta el acceso a los espacios libres, a los comunes, o a la posibilidad de iluminación nocturna, en algunos casos.

Las personas tenemos una tendencia a infravalorar las obras que hacemos nosotros frente a las que hace la naturaleza, lo artificial frente a lo natural. En este sentido creo que hay una frase admirable del filósofo Jorge Santayana:

El hombre tiene un prejuicio contra sí mismo: todo lo que sea producto de su mente le parece irreal o relativamente insignificante. Sólo nos consideramos satisfechos cuando nos imaginamos rodeados por objetos y leyes independientes de nuestra naturaleza.

La imagen trivializada que tenemos del Paraíso, turístico, cerca del mar y lleno de palmeras, o aquellas otras en las que pasamos en un lugar hermoso una estancia temporal, en la que ciertamente el tiempo de trabajo se suspende, lo que la acerca al Paraíso, es una idea endeble de lo que verdaderamente esconde y recoge la metáfora del Paraíso.

El Paraíso es la construcción mental colectiva en la que diferentes culturas aportan variables y que condensa los anhelos humanos de un hábitat seguro que ofrece respuesta a sus deseos. Un lugar hermoso y apacible, en el que los alimentos son fáciles y variados, la temperatura agradable, y donde se vence la fatalidad geográfica y estacional, se vence la enfermedad, el dolor y la muerte, se vence la ignorancia y el pudor; es un lugar ameno para el amor, el placer y el conocimiento con plena salud y eterna juventud.

Esa construcción mental colectiva tiene como característica la felicidad, la ausencia de toda necesidad material y espiritual, y su descripción coincide con una exaltación del placer de cada uno de los sentidos.

Es el negativo de las calamidades y desgracias, el negativo de nuestras necesidades insatisfechas y, por ello, un modelo a tener en cuenta al intervenir como urbanistas en nuestras ciudades. Como toda metáfora muestra y esconde, parece ingenua y no lo es. Como todo mito transmite una información misteriosa encriptada y la explica de una manera sencilla y narrativa.

Acerquémonos ahora a ese importante momento de la evolución humana que es el asentamiento en un territorio, la superación del nomadismo y el establecimiento de un embrión genético de lo que serán las futuras ciudades, y hagámoslo en ese lugar en el que, como decíamos anteriormente, el obispo de Abrantes, Monseñor Daniel Huet, lo localiza para la Academia Francesa en el siglo XVII, por encargo de Luis XIV, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates.

Es hermoso imaginar esos primeros momentos en los que el hombre abandona la recolección y la caza y se establece en un territorio con el que establece una nueva y estable relación: la agricultura. Deja de trasladarse, se asienta, y se especializa en distintas funciones: unos se dedicarán a cultivar, otros a defender el asentamiento, otros a elaborar artesanías y pequeño comercio, otros a curar, a mantener vivo el fuego, y a labores rituales y de organización. Empieza a dibujar pequeños esquemas de rutas y a organizar un primer y elemental registro de bienes. Surge la escritura, en sus inicios ligada a esos elementales registros, abriendo la puerta a no necesitar la memoria para consignar ciertas realidades, ampliada enormemente después para comunicarse con otros individuos no presentes, ni en ese lugar, ni en ese tiempo.

La escritura surge en la ciudad porque ambas comparten esa capacidad para vencer fronteras de espacio y tiempo, fronteras que hoy también se mantienen admirablemente rotas. Las ciudades no pertenecen sólo a los que las habitan sino a los que las imaginan, sueñan o añoran. Y tampoco pertenecen sólo a sus ocupantes actuales, sino a los que las habitaron y las habitarán, y a través de ellas nos transmiten experiencia y conocimiento. Igual que la escritura. Hay algo que es además también las une: su aparición en un mismo entorno geográfico, la Mesopotamia de unos 4.000 años a. de C.

Otro aspecto muy singular: la coincidencia entre la ubicación geográfica del Paraíso Terrenal (según la Academia Francesa, y antes según los Beatos Medievales y las fuentes bíblicas) entre el Tigris y el Éufrates, y la de la aparición de las primeras ciudades: Nippur, Eridu, Ur, Uruk, ... Había ciudades más antiguas como Jericó o Catal huyuk en Occidente pero no un mecanismo sistemático de hacer ciudades, vinculadas al descubrimiento y dominio de la agricultura, como la que allí se produce.

Los historiadores consideran dos baremos para medir el grado de desarrollo de una civilización: el conocimiento de la escritura y la formación de ciudades. Es precisamente en

estas ciudades mesopotámicas donde los sumerios inventan la escritura. Los yacimientos arqueológicos sumerios tienen un número enorme de tablillas escritas. Las más antiguas se han encontrado en la ciudad de Uruk, y tienen alrededor de 6.000 años de antigüedad. Hay numerosas contabilidades y registros.

Tendrán que pasar más de un milenio para que aparezca la primera obra narrativa *El poema de Gilgamesh*, escrito en tablillas de arcilla entre el 2.500 y el 2000 a. de C., que recoge las leyendas orales sobre ese rey de Uruk, ciudad a la que se la denominaba la de las grandes plazas, y que narra épicamente la amistad y las aventuras entre dos héroes Gilgamesh y Enkidú. Amistad que surge en una plaza en la que entran como enemigos y pelean duramente ante todos los ciudadanos, y salen amigos por la admiración de la fuerza del contrario. Un momento relevante de la historia en el que coinciden de nuevo ciudad y escritura: amistad que nace en un espacio público de la ciudad: la plaza de Uruk.

Volvamos ahora a la ciudad actual.

El urbanismo actual afronta la ciudad desde una serie de técnicas. Técnicas que consideran la ciudad como una gran ecuación matemática cuya única variable independiente, la X, es la población, y en función suya se dimensionan las viviendas, las infraestructuras, las zonas verdes, educativas, deportivas, culturales, sanitarias, etc. Es decir, existen unas normas legales cuya aplicación lleva a unos estándares que buscan unos mínimos cuantitativos, no cualitativos.

Imágenes: el moho del cieno, Mondrian, Jean Paul Riopelle (Vestido de estrellas), fotografía del satélite LAND-SAT en infrarrojos de la región Washington, Baltimore, Jackson Pollock (Lucifer), Plan de Bidagor para Madrid, 1946, Palazuelo, Plan de Madrid para el 1963, Paul Klee, Paul Klee, Evolución últimos 20 años zonas verdes de Madrid, Palazuelo, Madrid red viaria 1979, fotografía aérea de la Península Arábiga, Tapies, Piedra de Rodalquilar, Dubuffet (Topografía encrespada), fotografía de satélite del Cañon del Colorado, Gunther Uecker (Relieve de clavos), fotomontaje de cines y teatros BB, Palazuelo, detalle de corteza de pino, estratos plegados en el Nordeste de Méjico, Palazuelo, terreno arcilloso agrietado en Navarra, trepadora en la terraza, cultivos con plásticos en Almería, espiral de Robert Smithson en Utah, Michel Heizer instalación en Nueva York, camino de un sembrado en Andalucía, escalera de Kabakov)

Se concibe la ciudad desde un horizonte de comodidad funcional, como una especie de gran electrodoméstico con muchos botones y pocas prestaciones que se salgan del más evidente pragmatismo. Esto es una trampa. La complejidad de la ciudad es mucho mayor, no puede reducirse a un mero problema funcional.

La ciudad es el más sofisticado invento del hombre para dar respuesta a sus necesidades vitales y no puede reducirse a una simple área de oportunidades donde se encuentre trabajo, educación, salud, ocio o cultura más fácilmente.

La ciudad debe ser una realidad deseable, que organice la intensidad y simultaneidad de las más complejas actividades humanas, no olvidando su capacidad poética. Debe ampliar sus aspiraciones, no resignarse a rutinas de funcionamiento sino verdaderamente propiciar una feliz convivencia. Debe ser un Paraíso artificial, un Paraíso con la firma del hombre.

Hay una capacidad mítica y poética en el origen de las ciudades que las acompaña y enriquece. Cuenta Plutarco en su obra *Vidas paralelas* cuando compara la vida de Alejandro Magno con la de César la fundación de la ciudad de Alejandría en Egipto. Alejandro ha sido formado

intelectualmente por Aristóteles y viaja siempre con un ejemplar de la *Iliada* que guarda en una preciosa cajita del tesoro de Darío, de la que se apoderó al vencerle. Él es un gran fundador de ciudades y al llegar a Egipto quiere fundar una. Reúne a sus asesores para determinar su ubicación pero no le convencen.

Una noche sueña con un verso de la *Odisea* que habla de una pequeña isla en el delta. Al despertar lo tiene claro, allí estará su Alejandría. Curiosamente la ciudad cuyo emplazamiento lo decidió un verso en un sueño fue la que tuvo un futuro enormemente más importante de todas las otras ciudades que fundó. La ciudad que fue uno de los más brillantes faros culturales del mediterráneo y que albergó la maravillosa biblioteca que tradujo y conservó la mayoría de los textos clásicos que han llegado hasta nosotros. De un verso surgió esa biblioteca.

Los científicos saben que no es sólo real aquello que se ve. En su ejemplo más simple un gran microscopio puede hacer ver la realidad de algo que no veíamos. Escuchemos al arquitecto suizo Jacques Herzog: *El científico crea modelos con la finalidad de reconocer la realidad de la naturaleza para clasificarla y describirla. La investigación científica explora la realidad y encuentra en la misma ciertas imágenes que por invisibles no son menos reales, imágenes invisibles y reales de la materia. Nos interesa la imagen invisible en tanto aspecto de un proceso, es decir, en tanto fragmento de un conjunto.*

Necesitamos nuevos *microscopios*, nuevos métodos que nos permitan ver la complejidad invisible de la ciudad. Los enfoques técnicos sobre la ciudad deben acompañarse de procedimientos artísticos, utilizando el arte como método, como instrumento intelectual para la transformación de la ciudad. Escuchemos a Paul Valéry: *Un artista vale por mil siglos, abrevia el curso de la naturaleza.*

En el curso de las artes plásticas, que simplemente es una de las posibilidades artísticas de intervención en la ciudad, numerosos artistas han estudiado cuestiones que afectan a la ciudad contemporánea. Temas de geometría topológica, de límites de las formas, de centralidades, de sustitución de tratamientos de superficie por tratamientos lineales, de aplicación seriada de singularidades, de estructuración, de formalización de la energía, del efecto magnético del centro, del silencio formal, de la génesis hereditaria de las formas y sus mutaciones, de la identidad, y de la transformación del caos en orden.

Para terminar, insistir en que el artista es un colonizador del territorio, y volver a la escalera de Kabakov, esta escalera que debería unir nuestras ciudades con el Paraíso, escalera del artista que es capaz de hacer visible lo invisible, ordinario lo extraordinario.

Una última observación. Empezaba yo esta conferencia con una cita de Coleridge en la que habla de una flor como huella o prueba de que uno ha estado en el Paraíso. Tan importante como llegar al paraíso es reconocerlo.

Cundo nuestro viajero san Barandán llega al Paraíso lo reconoce por el olor. Por el olor, a los soldados argentinos que enviaban a la guerra de las Malvinas, les intentaban aferrar a la vida. En Argentina, país del que todos sabemos lo en serio que se toman la psicología, los soldados eran obligados a llevar en su mochila una prenda con un olor amado, para que en los momentos terribles a los que, sin duda, se dirigían, encontrar un rastro deseable en su memoria que les llevara a su Paraíso personal.

Busquemos ese rastro en nuestras ciudades.